

## Catecismo 2539 - 2540 Decimo Mandamiento

### El desorden de la concupiscencia - I I-

21-10-2009

**Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA**

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

**Punto 2539:**

**La envidia es un pecado capital. Manifiesta la tristeza experimentada ante el bien del prójimo y el deseo desordenado de poseerlo, aunque sea en forma indebida. Cuando desea al prójimo un mal grave es un pecado mortal:**

**San Agustín veía en la envidia el "pecado diabólico por excelencia" (*De disciplina christiana, 7, 7*).**

**"De la envidia nacen el odio, la maledicencia, la calumnia, la alegría causada por el mal del prójimo y la tristeza causada por su prosperidad" (San Gregorio Magno, *Moralia in Job, 31, 45*).**

En su momento ya hablamos de los pecados capitales, pero los podemos refrescar.

Se nos remite al punto 1866:

***Los vicios pueden ser catalogados según las virtudes a que se oponen, o también pueden ser referidos a los pecados capitales que la experiencia cristiana ha distinguido siguiendo a san Juan Casiano (Conlatio, 5, 2) y a san Gregorio Magno (Moralia in Job, 31, 45, 87). Son llamados capitales porque generan otros pecados, otros vicios. Son la soberbia, la avaricia, la envidia, la ira, la lujuria, la gula, la pereza.***

La palabra "capital" viene de "caput: cabeza; el pecado capital es aquel que es cabeza de otros pecados, viene a ser como el "pecado raíz".

Detrás de nuestras acciones se esconden "problemas de fondo", que es donde tiene que ir nuestro examen de conciencia: a la raíz.

La tradición de la Iglesia siempre ha hablado de que los enemigos del alma son tres: **mundo, demonio y carne.**

Esto coincide con la parábola del sembrador: cuando el sembrador lanza las semillas, algunas caen en terrenos malos:

-Terreno pedregoso, la semilla se malograba al no tener raíces, y el sol la secaba: **esta es la imagen de la carne como enemigos del alma, "la debilidad de la carne"**. En el momento que aparece la dificultad, la cruz, es la debilidad de la carne la que hace que se agoste nuestra fe.

-EL terreno de las zarzas; el problema es que al mismo tiempo que crecía el trigo también crecían las zarzas. En principio no había problema de que crecieran juntas, pero luego resulta incompatible: o hay zarzas o hay trigo, al final son las zarzas las que acaban sofocando el trigo.

**Es la imagen del mundo como enemigo de la vida espiritual, con sus afanes, y con pretender que hagamos compatible con el ser cristiano otros criterios mundanos, que son totalmente ajenos y que mientras que no rompamos con ellos, la palabra de Cristo no va a prender con fuerza en nosotros.**

Los primeros cristianos hacían un signo de rechazo al mundo y de adhesión a Cristo en el catecumenado.

--La semilla que cae al borde del camino, ni tan siquiera penetra en la tierra, vinieron los pájaros y se la comieron. **Es la imagen de la indiferencia del corazón y del rechazo en sí mismo y por sí mismo a la palabra de Cristo. Es la imagen evangélica que está significando al demonio como la soberbia del rechazo de Dios.**

Los siete pecados capitales se refieren a estos tres enemigos del alma:



La envidia también se mide por grados de gravedad, en función de los pecados que provoca: Puede ser un pecado venial, pero también puede llegar a ser un pecado mortal. En función de las consecuencias a las que puede llegar la envidia.

Claro que no podemos entrar en una serie de disquisiciones casuísticas.

Dice este punto:

**San Agustín veía en la envidia el "pecado diabólico por excelencia" (*De disciplina christiana*, 7, 7).**

**"De la envidia nacen el odio, la maledicencia, la calumnia, la alegría causada por el mal del prójimo y la tristeza causada por su prosperidad (San Gregorio Magno, *Moralia in Job*, 31, 45).**

La envidia es más leve cuando está más ligada al MUNDO, pero cuando está más ligada al DEMONIO – que se acerca a la soberbia, viene a ser más grave, porque la soberbia es un pecado diabólico, por excelencia.

Cuando entra la tristeza porque al otro le va bien, y entra la difamación y la calumnia, todo nacido de la envidia, ese ya es un grado más grave. Cuando la envidia degenera en odio a la otra persona.

Por eso es necesario tener unos "medidores internos" que hagan saltar las alarmas:

"¿La antipatía que tengo a esta persona, no será por una envidia de fondo...?"

Casi siempre que hay antipatías, están las envidias de fondo: *¿Pero cómo voy a tener envidia de este mequetrefe...? Ya te has retratado.*

ES difícil reconocerse envidioso; es importantísimo dejarnos desenmascarar en el examen de conciencia, dejarnos corregir.

Además, la envidia es muy evidente cuando se ve desde fuera.

En este punto se habla de la tristeza:

**Manifiesta la tristeza experimentada ante el bien del prójimo y el deseo desordenado de poseerlo, aunque sea en forma indebida.**

NO hay mejor antídoto frente a la envidia que la benevolencia, **que el alegrarse por el bien del prójimo. Gracias a Dios por las bendiciones que veo en el prójimo.**

En el punto siguiente 2540 hay un texto de San Juan Crisóstomo:

**« ¿Querríais ver a Dios glorificado por vosotros? Pues bien, alegraos del progreso de vuestro hermano y con ello Dios será glorificado por vosotros. Dios será alabado —se dirá— porque su siervo ha sabido vencer la envidia poniendo su alegría en los méritos de otros» (San Juan Crisóstomo, In epistulam ad Romanos, homilía 7, 5).**

Este es el mejor antídoto para la envidia: el amor de benevolencia: *A Dios le agrada que nos alegremos unos por los otros.*

Hay mucho más riesgo de falsedad cuando damos gracias por un éxito personal, que cuando damos gracias por el éxito de nuestro prójimo: *"Gracias Señor por la carrera que mi hermano ha terminado y que yo no he podido sacar"; eso suena más auténtico.*

El fariseo —en la parábola y el publicano— *"te doy gracias porque me has dado..."* Pero ese agradecimiento suena un poco falso.

San Juan Crisóstomo dice: *"la mejor forma de glorificar a Dios es alegrarse del progreso de mis hermanos, y que Dios sea alabado por ello".*

Es una gran alegría para un padre, el ver que un hijo se alegra por el bien de un hermano suyo.

El amor de benevolencia es el que supero la carne y la sangre, se alegra por el bien en sí mismo. Es el mejor antídoto contra la envidia.

**Punto 2540:**

**La envidia representa una de las formas de la tristeza y, por tanto, un rechazo de la caridad; el bautizado debe luchar contra ella mediante la benevolencia. La envidia procede con frecuencia del orgullo; el bautizado ha de esforzarse por vivir en la humildad**

Se está ligando la envidia a la tristeza.

Algunos maestros de la vida espiritual suelen decir que se podía añadir un octavo pecado capital. **La tristeza.**

San Agustín decía: "*Lo que mas rechaza Dios después del pecado, es la tristeza **porque predispone al pecado.***"

La tristeza es un mirarte a ti mismo, mirar alrededor..., pero la tristeza es dejar de mirar hacia arriba, dejar de mirar a Dios, es perder las raíces de la confianza en Dios, olvidarte de que no estás solo, de que Dios camina contigo. Cuando alguien corta esas raíces, que son las que le dan confianza, alegría; la alegría de sentirte acompañado por Dios.

Entonces entra la tristeza y fácilmente viene el pecado.

En nuestra cultura entendemos que la "alegría" es un estado anímico que se produce como fruto de que en la vida no tenemos dificultades.

Eso no es verdad: **lo contrario de la alegría no es el sufrimiento, lo contrario de la alegría es la tristeza.**

Es decir: no afrontar los sufrimientos con esperanza.

Si decimos que la tristeza podría ser un pecado capital, tiene que haber una virtud que luche contra ese pecado capital, y esa virtud tiene que llevar a cabo una mortificación seria de nuestras tristezas.

Decía Santa Maravillas de Jesús: "**Tristeza y melancolía no las quiero en casa mía**"

Santa Teresa de Jesús, para este tema de la tristeza y melancolía era tremenda, daba mucha caña.

Es que hay razones para la alegría y hay que llevar a cabo esta tarea ascética dentro de nosotros.

Podría parecer que es ficticio eso de "forzar la alegría". Eso de forzar la alegría es antinatural, la alegría tiene que brotar espontáneamente, no se puede forzar un estado anímico.

Eso es falso, es olvidarse que la alegría es mucho más que un estado anímico: **la alegría es una virtud**, y por tanto la voluntad tiene que ser dueña de las cosas; y no es falso el procurar una alegría, incluso forzarnos a la alegría, esforzándonos en nuestras tendencias melancólicas, pesimistas y depresivas, recordándonos que existen razones para la alegría, y tenemos que mortificar esa tristeza.

"Si, pero eso suena a sonrisa forzada..."; lo cierto es, que *es más triste no saber sonreír que tener una sonrisa forzada*; Es triste no saber sobreponernos.

Estamos en una cultura muy narcisista, en la que una de las características es esa continua queja *de que "todo me pasa a mí, todo me toca a mí..."*, ir de victimillas por la vida, siempre con el lamento.

Tenemos que mortificar nuestras tristezas.

Es que el tándem de "**envidia-tristeza**" es tremendo, es como **el fuego y la gasolina**. Ante esto uno tiene que alejar rápidamente la gasolina del fuego: la tristeza hay erradicarla, para que no se esté retroalimentando la envidia.

Este es un ejercicio ascético muy importante.

El que fomenta la alegría se fija más en las cosas positivas de la vida: Dios me ha dado muchas cosas para estar alegre. Así se aleja de las probabilidades de ser envidioso.

El envidioso se fija en lo que no tiene, por eso le cuesta tanto dar gracias a Dios. Ahí entra la tristeza.

Todo esto supone una mortificación en nuestros estados de ánimo.

León Bloy decía: "**la única tristeza es la de no ser santo**".

Los demás disgustos de la vida, tenemos que ponerlos en Dios, y como decía el santo Cura de Ars: "*cuando ponemos las cosas en Dios, ocurre como con la nieve al sol: se derrite.*"

Nuestras tristezas se disuelven como la nieve que se derrite al ponerla al sol.

Al fondo solo hay una tristeza: **no ser santo**.

Todas las demás, llevadas a presencia **–aunque escuezan–**, no vamos a ser ingenuos, que las hay que "pesan mucho"; pero son asumibles en la esperanza y en la confianza el saber que Dios no nos abandona y que siempre está junto a nosotros.

Dice este punto:

**La envidia representa una de las formas de la tristeza y, por tanto, un rechazo de la caridad; el bautizado debe luchar contra ella mediante la benevolencia.**

Se nos remite al punto 1829:

***La caridad tiene por frutos el gozo, la paz y la misericordia. Exige la práctica del bien y la corrección fraterna; es benevolencia; suscita la reciprocidad; es siempre desinteresada y generosa; es amistad y comunión.***

Dice que un fruto de la caridad es la "**alegría**" **–el gozo–**. Cuando alguien ama **–no hablo de "amor propio"–**, para superar la envidia hay que pasar *del amor propio al amor de benevolencia*, y cuando se da ese salto experimenta la alegría.

**El precio de la alegría está en el olvido de nosotros mismos, en el amor de benevolencia hacia los demás.**

**Es que ese es el secreto de la felicidad.**

Eso lo hemos visto en muchas personas, en nuestras familias, esas que viven olvidadas de sí mismas, sirviendo y alegrándose del bien de los demás y **son felices**.

También hemos visto la otra cara: personas que pretenden que todo el mundo este pendientes de ellas, los celos, las envidias, las murmuraciones..., **y es una persona desgraciada** y además hace desgraciados a los que le rodean.

El secreto de la verdadera felicidad está en el olvido de nosotros mismo.

Termina este punto:

**La envidia procede con frecuencia del orgullo; el bautizado ha de esforzarse por vivir en la humildad**

Ayuda mucho a luchar contra la envidia, no solo el amor benevolente, también ayuda mucho la humildad.

**Aceptar mi vida.** La humildad es una virtud realista al máximo.

Decíamos que el hombre tiene que tener deseos y tiene que desear crecer, deseos de superación; pero al mismo tiempo tiene que partir de la aceptación de la realidad en la que está.

Si no puedo aceptar de mi realidad de partida, mi crecimiento está lleno de riesgos de celos, de envidias...

Aceptando mi realidad sin entrar ni en conflicto ni colisión con nadie y luego ya veré como progreso de una forma equilibrada.

Eso nos lo da la humildad.

Decía Santa Teresa: "*la humildad es vivir en verdad*".

Lo dejamos aquí.